

Efesios 1:3-14

Octavo domingo después de Pentecostés, 2003. Texto Efesios 1:3-14. Lecturas: Amós 7:10-15; Efesios 1:3-14; Marcos 6:7-13
Himnos 86, 129, 297

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado. En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia. Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra. En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria. Eph 1:3-14

Para muchas personas en la situación de Pablo, la vida parecería un sin sentido. Se había dedicado a servir a Dios, no había escatimado fuerzas, ¿y en dónde terminó todo? Allí estaba, en una prisión romana, sin libertad de movimiento, sin poder visitar las congregaciones que había fundado, sin llegar a España como tanto había querido para predicar a Cristo allí.

Pero en vez de amargarse y desesperarse, Pablo escribe la hermosa carta de alabanza de la gracia de Dios que se conoce como la Epístola a los Efesios. Allí expresa al mismo principio que lo que sucede a él y a los demás cristianos no es y nunca ha sido una casualidad. Más bien, se debe en el fondo a una decisión que Dios en su inmensa gracia había hecho en beneficio de ellos ya en la eternidad. Dios había propuesto su salvación, y ninguna circunstancia de la vida iba a frustrar su plan salvador.

Unámonos también esta mañana en alabar a Dios por su increíble gracia y misericordia en elegirnos para ser suyos y llevarnos a la eterna salvación.

En el primer versículo de nuestro texto Pablo expresa su agradecimiento por la gracia de Dios con las palabras: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”. Cuando Pablo habla de cómo Dios nos ha bendecido según su plan eterno, el centro de todo el pensamiento es Cristo. Cristo es el hilo dorado que se teje en todo este texto. Ninguna bendición nos llega que no tenga su relación con Cristo y su obra redentora por nosotros. Cuando se habla de nuestra eterna elección, entonces, no vamos a tratar de algo abstracto y arbitrario de parte de Dios, sino todo hallará su centro en Cristo y el plan de salvarnos por medio de él.

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él”. Cuando Pablo habla de nuestra salvación, pone su origen en una decisión eterna de Dios. “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo”. Dios sabe todas las cosas. Sabía que la humanidad pecaría y perdería todo derecho a heredar la vida eterna. Sabía que de hecho el hombre se convertiría en enemigo de Dios y que por su culpa estaría bajo la bien merecida ira de Dios que resultaría en la condenación. Ésa fue la condición de todos los hombres, nosotros incluidos. Sin embargo, Dios propuso salvarnos aun antes de que nada de esto pasara. Desde la eternidad Dios nos escogió para ser suyos, para ser justificados delante de él y para heredar la vida eterna. Esta elección de gracia se hizo “en él”, en Cristo. Sería por el mérito de Cristo solamente que Dios determinó aplicar a nosotros que podríamos ser “santos y sin mancha delante de él”. Un poco más adelante hablaremos de cómo llegamos a ser santos y sin mancha, pero por el momento vamos a pensar en por qué Dios nos eligió y predestinó para ser salvos.

Pablo dice que Dios nos predestinó “por su amor”. Luego da énfasis a esta verdad con varias otras expresiones. Fue “según el puro afecto de su voluntad”, y fue “para alabanza de la gloria de su gracia”. Lo que Pablo resalta aquí es que no había nada en nosotros que motivara a Dios a escogernos. Nosotros, con nuestro pecado, éramos lo opuesto a algo atractivo y un digno objeto del amor. Sin embargo, “por su amor” Dios nos predestinó. No éramos nosotros, sino fue “según el puro afecto de su voluntad”. Nos escogió y predestinó porque quiso. Así no más. El ejemplo de Israel, como lo presenta el profeta Ezequiel, nos dará una idea. Describe a Israel como a una niña nacida en el rechazo y abandonada cubierta de sangre en un charco de sangre. Nada atractiva. Sin embargo dice: “en cuanto a tu

nacimiento, el día que naciste no fue cortado tu cordón umbilical, ni fuiste lavada con aguas para limpiarte ni frotada con sal, ni fuiste envuelta en pañales. No hubo ojo que se compadeciera de ti para hacerte algo de eso, sintiendo lástima por ti; sino que fuiste arrojada sobre la faz del campo, con menosprecio de tu vida, en el día que naciste.

“Yo pasé junto a ti y te vi sucia en tus sangres. Y cuando estabas en tus sangres te dije: ‘¡Vive!’”. Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ‘¡Vive!’” (Ez. 16:4-6). Así éramos nosotros, cubiertos de inmundicia y pecado, y aún así, Dios nos amó, nos escogió, nos predestinó. Seguramente, esto demuestra la “gloria de su gracia”, de su amor inmerecido. El tiempo en que Dios nos predestinó resalta lo mismo, fue antes de la fundación del mundo, antes que pudiéramos haber hecho nada en absoluto para merecerlo. Sea alabado Dios por la grandeza de su gracia y amor.

¿Para qué nos predestinó? Para “ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”. Por medio de Cristo Dios nos iba a hacer miembros de su propia familia, herederos de todos sus tesoros celestiales. Aunque éramos repugnantes a los ojos de Dios con nuestro pecado, por medio de Cristo nos hizo “aceptos en el Amado”.

¿Cómo puso en efecto Dios su voluntad eterna de salvarnos por medio de Cristo? Nos lo explica en nuestro texto. “En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. Cuando llegó el momento preciso para que Dios pusiera en efecto su plan salvador, envió a su Hijo, a Jesucristo, para cargar con todo nuestro pecado y rescatarnos de nuestra esclavitud al pecado y la muerte. Lo hizo derramando su sangre, ofrendando su vida en sacrificio, para pagar lo que nosotros merecimos y no pudimos jamás pagar.

Así eliminó nuestro pecado de la vista de Dios. Lo echó a las profundidades del mar. Cuando consideramos lo grande y grave de nuestro pecado, y este alto precio que Dios pagó para quitarlo conforme a su plan eterno para nuestra salvación, otra vez sólo podemos maravillarnos de “las riquezas de su gracia”.

Éste realmente es el acto central de toda la historia. Todo lo demás recibe su verdadero significado por su relación con Cristo y la redención que Dios tuvo a bien lograr por medio de él para la humanidad pecadora. Tuvo el propósito de “reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra”.

Cristo murió por el mundo entero, pero desgraciadamente no todos se salvan. Sólo los que creen en Cristo y en su sacrificio

por sus pecados heredarán la vida eterna en el cielo. Sin embargo, la Escritura nos enseña que nadie por sus propios poderes y fuerzas puede creer en nuestro Señor Jesucristo ni allegarse a él. Dice Pablo en 1 Cor 12: “nadie puede exclamar: «¡Jesús es el Señor!», sino por el Espíritu Santo”.

Pero porque Dios nos eligió para ser suyos, y sólo es posible eso por la fe en su Hijo y el perdón de los pecados por medio de él, Dios también hizo que se nos predicara el evangelio, ese “poder de Dios para salvación”, para llevarnos a la fe por la obra del Espíritu Santo. Así Pablo en nuestro texto también habla de este efecto de nuestra elección y predestinación: Hemos oído el evangelio y por el poder del Espíritu Santo hemos llegado a creerlo. Pablo habla de judíos (“los que primeramente esperábamos en Cristo”), y de gentiles (“también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”). En la palabra del evangelio el Espíritu Santo vino a nosotros. Obró la fe en nuestro corazón. Al hacerlo él mismo tomó residencia en nosotros, así sellándonos como los que son la propiedad especial de Dios. Esta obra asombrosa del Espíritu Santo no es sólo la evidencia de que Dios nos ha escogido antes de la fundación del mundo para ser suyos, también es la promesa del cumplimiento final de este gran propósito salvador de Dios.

El Espíritu se describe como “las arras de nuestra herencia”. Es el depósito de garantía que Dios mismo ha dejado con nosotros para garantizar que heredaremos el reino que Dios ha preparado para nosotros. Así como a veces cuando se quiere comprar algo grande, una cocina o una lavadora, pero no se han reunido todos los fondos, a veces se va a la tienda y se deja una parte del precio para apartar la mercancía con la promesa de que para cierta fecha se regresará con lo demás del precio, así Dios nos ha garantizado una eternidad en sus dominios celestiales en perfecta comunidad con él al permitir que el Espíritu Santo tome su residencia en nosotros aun ahora por medio de la fe. Con esto promete que vendrá el día en que gozaremos para siempre todo lo que Dios ha propuesto para nosotros en su eterno plan de salvarnos en su Hijo Cristo Jesús, “herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”.

¿Pasan cosas en nuestras vidas que no entendemos, y que parecen sin sentido para nuestra pobre razón? ¿A veces nos parece que Dios mismo ha perdido el control, o que no sabe qué es lo que nos conviene? Pablo en la prisión no tuvo ninguna duda. Sabía que Dios había formado un plan eterno para él, un plan hecho en amor, un plan que se centraba en Jesucristo y su redención, y que lo llevaría a su culminación cuando Jesús le diría en el día final: “Ven, hereda el reino preparado para ti antes

de la fundación del mundo”. Y nosotros, que también hemos sido llevados según el misericordioso plan de Dios a la fe en el mismo Salvador, podemos tener la misma convicción. Alabado sea Dios por la gloria de su gracia, hoy y por los siglos. Amén.